

**SENSUALISMO, POSITIVISMO Y NEOTOMISMO:
EPISTEMOLOGÍA, PEDAGOGÍA Y MODERNIDAD EN COLOMBIA, 1870-1930**

*Oscar Saldarriaga Vélez*¹

1. Del Neotomismo a las Ciencias Humanas

El objeto inicial de mi investigación ha sido el movimiento intelectual y político conocido como la “restauración de la filosofía de santo Tomás de Aquino” impulsado por el Pontífice León XIII. Su encíclica *Aeterni Patris* (4 de Agosto de 1879) sobre la *Filosofía Cristiana* la propuso no sólo para la formación del clero en los seminarios y de la juventud en las instituciones educativas católicas, sino como remedio para combatir “los males sociales producidos por la difusión generalizada de erróneas filosofías”.² La paradoja de que el magisterio eclesiástico haya escogido “el pensamiento de un monje medieval” para enfrentar los asuntos de la vida católica en el secularizado mundo de fines del siglo XIX, ha sido fuente permanente de interrogaciones. Mas el expediente de este episodio de la historia contemporánea del catolicismo había sido archivado por las ciencias sociales de la década de 1970, que lo etiquetaron de una vez por todas como un “intento de restauración ideológica clerical antimoderna e integrista”.

Pero tras una minuciosa mirada a los aspectos epistemológicos de este movimiento, salió a luz una sorprendente analogía estructural entre el neotomismo y las filosofías positivistas que fueron al tiempo sus rivales y sus colegas académicos, hasta el punto de poderse demostrar que *la filosofía neotomista fue una (la) versión católica del positivismo*. Así las cosas, el objeto inicial dio paso a un nuevo paisaje problemático: el de la aparición y organización del campo de saberes sobre el hombre y la sociedad en Colombia a fines del siglo XIX. Proponer una hipótesis sobre ello es el propósito de esta ponencia.

2. La “restauración de la filosofía tomista”

Colombia aparece como uno de los casos extremos –junto con Canadá- donde las condiciones políticas a fines del siglo XIX permitieron el triunfo de un régimen conservador pro-católico que puso, por Concordato, la instrucción pública en manos del clero. Así, la gran mayoría de los estudiosos extranjeros y colombianos -con la insular excepción del maestro Jaime Jaramillo Uribe-³ diagnosticaron que la neoescolástica -liderada por monseñor Rafael María Carrasquilla (1857-1930) desde el Colegio del Rosario y por las comunidades religiosas docentes masculinas (jesuitas, lasallistas, salesianos, etc.)- había sido la causante del retraso, si no fracaso, de los proyectos de modernidad en nuestro país tanto a nivel político como a nivel científico.⁴ El neotomismo habría bloqueado la llegada de la filosofía kantiana y su famosa “mayoría de edad” por lo menos hasta 1930 y aún más allá, si consideramos que prácticamente hasta 1970 los programas oficiales de filosofía siguieron siendo supervisados por la jerarquía católica,⁵ y que los últimos manuales de filosofía neoescolástica utilizados en los colegios de bachillerato datan de 1975.⁶

Sin embargo, una gran sospecha rondaba tan tajante sentencia contra la neoescolástica. Localmente, monseñor Carrasquilla proclamó siempre su afinidad con el neotomismo del famoso cardenal belga Désiré-Joseph Mercier (1906-1926)⁷, símbolo internacional del “neotomismo progresista”, aquel que había conectado la escolástica con la ciencia experimental moderna, en especial con la psicología.⁸ ¿Cómo explicar que un “tradicionalista” hubiera acudido a ese modelo “progresista”? Pues se trataba de un asunto global: el propósito consciente de la “escolástica del siglo XIX” fue posicionar a la intelectualidad católica como interlocutor –tan legítimo como crítico- de “la modernidad”, asegurando que el tomismo permitía reunir las certezas absolutas de la religión católica con

las verdades relativas de la ciencia moderna, los prestigios de la Tradición con la vitalidad de la Novedad. No en balde el lema de la Encíclica de León XIII fue *Nova et Vetera*, “*perfeccionar lo viejo con lo nuevo*”.

De modo que la pervivencia de los manuales neotomistas por más de cien años (1868-1975) en el sistema educativo colombiano, resistiendo y a la vez asimilando los embates del pensamiento liberal, no se podía explicar solamente por razones de imposición político-religiosa, pues por “intransigentes” y “retardatarias” que hubiesen sido sus ideas, ellas debieron ser elaboradas y expresadas según las reglas generales del saber moderno, so pena de quedar bloqueadas por su propio dogmatismo en medio de una sociedad cada vez más secularizada y científizada. Aunque algo de este bloqueo ocurrió, el reto inicial era entender cómo el neotomismo pudo pretender legitimidad y validez entre los saberes filosóficos y científicos, y cómo la *intelligentia* católica trató de dotarse de un instrumento de negociación intelectual y política que le permitiera defender la fe con la razón, el dogma con la ciencia, la autoridad con la discusión, en fin, la “tradición” con la “modernidad”. En términos teóricos, me pareció pertinente analizar este problema a la luz de las nociones de *regímenes de veracidad* -los sistemas de determinación de lo verdadero/lo falso (Foucault: 1980)- y de *regímenes de credibilidad* -los sistemas que rigen lo creíble/no creíble (de Certeau: 1974)⁹ en relación con el gobierno (moral) de los sujetos.¹⁰

Tal proyecto implicaba estudiar las condiciones de aparición y apropiación del neotomismo en un doble plano: un plano epistémico y un plano pedagógico. En el plano epistémico/epistemológico,¹¹ fue necesario describir el entramado que formaron, en Europa y en Colombia, saberes como la *Gramática general y razonada*, la *Ideología* (teoría sobre el origen sensorial de las ideas) de Destutt de Tracy, el *eclecticismo espiritualista* de Victor Cousin, el *método* de la medicina *experimental* de Claude Bernard, el *positivismo* de Comte

y el *evolucionismo* de Spencer, la *filosofía del sentido común* de Jaime Balmes, hasta las *filosofías tradicionalistas* de De Maistre, de Bonald y M. A. Caro. Y en el plano pedagógico, hubo que describir la superficie institucional que soportó estratégicamente esos saberes: los planes de estudio, los textos didácticos, las instituciones de enseñanza secundaria y los manuales de *filosofía escolar*¹² utilizados en las Facultades de Filosofía y Letras. De ellas se desprendería tardíamente, hacia 1892, el actual bachillerato moderno, lo que constituyó un evento mayor en la formación del sistema educativo colombiano, y que coincidió, para bien o para mal, con la institucionalización de la filosofía neotomista.

El hilo conductor que me permitió navegar entre esos dos planos fue la constitución del (o de los) “sujeto(s) moderno(s)” como sujetos de conocimiento y como sujetos de acción. El punto es que todas estas filosofías se aplicaron al delicado problema teórico-político de asegurar que el individuo, el “hombre común” o “sujeto empírico”, pudiese acceder *por sí mismo* a las verdades universales de la ciencia y a la vez garantizar una conducta correcta como ciudadano y persona.

Desde una mirada filosófica general, el proyecto neotomista podría describirse como la inserción de nociones aristotélico-tomistas en los tratados de lógica, metafísica, psicología, cosmología, teodicea y ética que conformaban el canon escolar establecido por la reforma racionalista wolffiana desde fines del siglo XVIII. Visto más de cerca, se trataba de un paquete que “cosió” tres estratos epistémico/epistemológicos incompatibles entre sí, el realismo aristotélico, el subjetivismo cartesiano y el relativismo experimental: a) de la filosofía aristotélico-tomista sostuvo un *realismo* que afirmaba la procedencia sensorial del conocimiento y la capacidad de acceder a la esencia de las cosas a través del principio lógico de identidad, de las nociones de sustancia y accidente, de causa y efecto, y de la distinción tomista entre esencia y existencia. b) del cartesianismo tomó un *subjetivismo* que

afirma la procedencia del conocimiento a partir de principios o ideas innatas, duda sobre la veracidad de nuestras facultades para probar la existencia de los objetos del mundo y exige un método racional matemático para lograrlo.¹³ c) de la idea kantiana de ciencia experimental asumió un *relativismo* que sostiene que el conocimiento no es de esencias sino de fenómenos, donde el sujeto pone sus *categorías a priori* pero gracias a ello se asegura la objetividad científica, que se legitima por los métodos de experimentación e hipótesis.

Sin embargo, hubiera sido miope despachar esta mezcla como un producto espurio, o un efecto del azar, de la ignorancia o de la manipulación pedagógica. De hecho, toda esta mezcla convergía en una estrategia central: afirmar la existencia de unas *ideas generales*, de unas *verdades universales* que bajo la forma de un *sentido común*, eran propias de todo hombre en tanto ser racional, actuando bajo el postulado de que el acceso a tales principios garantizaría una conducta moral correcta. Y además, esta *philosophia perennis* fue la que los “herederos” de las clases letradas medias y altas aprendieron en el colegio para volverse ciudadanos, hombres de ciencia, consumidores prudentes y usuarios competentes de ese líquido amniótico de las subjetividades modernas que se conoce como la “cultura general”.

Ahora bien, lo inquietante del asunto fue que al comparar entre sí los manuales neotomistas con los de las otras escuelas arriba citadas, resultó que, a despecho de sus notorias diferencias y enfrentamientos, todos compartían una estructura enunciativa común: que *el bien moral depende del correcto conocimiento de la verdad*. Con decir que ella apareció tanto en manuales locales, como el de *Psicología* de Manuel Ancízar (1856) así como en manuales europeos como el de *Filosofía* de Jules Simon (1863),¹⁴ y ella fue el cimiento de los dos manuales escolares emblemáticos de nuestro siglo XIX hispanoamericano, *El Criterio o arte de llegar a la verdad* (1843) del catalán Jaime Balmes,¹⁵ y el

archifamoso *Manual de Urbanidad y buenas maneras* del caraqueño M. A. Carreño (1854).¹⁶

3. La “bisagra bernardiana”

El rastreo de esta pista me llevó a situar la década de 1870 como la coyuntura local colombiana donde emergieron las condiciones que determinaron la organización del campo de saber hasta entrado el siglo XX. El episodio revelador fue conocido como la “Cuestión Textos”, un “debate político sobre el origen de las ideas” sostenido entre junio y diciembre de 1870 en la Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia, y donde se enfrentaron los representantes colombianos del *sensualismo* de Tracy, del *eclecticismo* de Cousin y del *tradicionalismo* católico-, acerca de la pertinencia científica y pedagógica del texto de *Ideología* de Destutt de Tracy, manual de filosofía que había sido introducido al país por los planes de estudios liberales desde 1826.

Desde el punto de vista de la historia epistemológica, esta polémica marca el momento de ruptura entre los métodos de la “ciencia racional” -cuyo último producto era la filosofía sensualista (“pensar es sentir”) de Destutt-, y los métodos de la “ciencia experimental” –representada por la *Introduction à l'étude de la médecine expérimentale* de Claude Bernard-. En el plano *epistémico* sacado a luz por *Les mots et les choses* de Foucault, se trata del quiebre de la configuración epistémica “clásica” o de *la representación* y la irrupción de la epistème de las *ciencias del hombre*.¹⁷ El síntoma inequívoco de esta ruptura epistemológica fue la introducción, por primera vez en el campo de saber en Colombia, de la distinción entre *ideas objetivas* e *ideas subjetivas*.

Para explicar esquemáticamente lo que estaba en juego en el terreno conceptual respecto del sujeto de conocimiento, diré que la ciencia clásica o racional de los siglos XVI a XVIII, cuyo sueño era obtener una lengua perfecta construida por métodos matemáticos,

produjo la idea de que el sujeto, o más exactamente la experiencia individual, era el lugar del error. Por ello se dotó de un método científico (el *more geometrico*) construido al modo de principios, axiomas, deducciones, inducciones y corolarios, destinado a lograr que el sujeto pudiese ser guiado paso a paso hasta los primeros principios, sin error. Tal fue el proyecto de los *ideólogos* franceses como Destutt, Condorcet, Cabanis y otros autores que fueron apropiados en Colombia durante la primera mitad del siglo XIX.¹⁸

El problema de esta epistemología es que su noción de sujeto impedía la emergencia de unas ciencias positivas del hombre. El proyecto crítico de Kant fue el primero en proponer otra solución al problema: postuló que la experiencia empírica es la única fuente del conocimiento y que en ella es posible llegar a un conocimiento universal y válido gracias a la existencia de unas categorías a priori de la razón: el ensayo-error se volvía así el principio del conocimiento, al precio de redefinir por completo las nociones de “objetividad” (conocimiento referido a objetos”) y de “subjetividad” (las categorías que coloca el sujeto para que ese conocimiento de objetos sea posible). Pero fueron tal vez Augusto Comte, y tras él su discípulo disidente, Claude Bernard (1813-1878), “padre de la medicina experimental”, quienes proporcionaron una versión vulgarizable de esta misma solución, pues tomaban apoyo en una ciencia positiva, la biología, que vista como un legítimo avance del conocimiento científico permitía evitar las fuertes implicaciones ético políticas del “*sapere aude*” kantiano o del “*lo único absoluto es lo relativo*” comtiano.

Pero la ruptura era decisiva: aunque la distinción sujeto/objeto existía en las filosofías clásicas, el conocimiento de los objetos -lo que los modernos llamarán “objetivo”-, en tanto era la representación transparente de las cosas se asociaba a lo “inmutable”, lo “necesario” o lo “absoluto”, y lo que los modernos llamarán “subjetivo” –que no existía como tal, sino como la causa del error-, era por tanto asociado a lo “mutable”, lo “contingente” o lo

“relativo”. Desde cuando Kant redibuja la frontera entre “lo subjetivo” y “lo objetivo”, el efecto es el de una singular inversión de estas “cualidades”: situado bajo la dualidad empírico-trascendental, lo *Subjetivo* viene a asociarse al carácter de “inmutable”, “absoluto” y “necesario” –como forma racional universal, como trascendental-, y lo *Objetivo* se asocia a lo “relativo”, lo “mutable” o “contingente”–como forma cambiante del conocimiento empírico o experimental-. Operación que saca a la luz un “esquematismo conceptual” o un “a priori histórico” de los saberes modernos que será incluso fuente de una nueva carga valorativa en la cultura: lo contingente o relativo se empieza a reconsiderar con signo positivo. El límite de esta epistemología es, sin embargo, que la frontera entre “subjetividad” y “objetividad” es móvil y fluctuante, y en el inacabable proceso de su fijación han aparecido diversas escuelas filosóficas según los juegos de opuestos usados para delimitarla: sensación/abstracción; organismo/medio, ciencia/metafísica; real/ideal; mutable/inmutable, exterior/interior; individual/colectivo; racional/irracional, razón/fe, etc.

Lo característico de la versión bernardiana de esta “bisagra” es el haber establecido un vínculo entre “la subjetividad”, las “ideas matemáticas” y la “inmutabilidad” de “ciertas verdades”, basado en postulados de la fisiología y la biología.¹⁹ Las múltiples formas que asumió esta bisagra epistémica amerita mayor investigación, pero creo poder sostener que fue esta asociación bernardiana entre *verdades matemáticas inmutables* y *campo de la subjetividad*, la que proporcionó la estructura enunciativa de base para los saberes que quisieron armonizar la existencia de verdades absolutas con la de verdades relativas o experimentales. Ella constituyó la condición de apropiación de las más divulgadas “metafísicas científicas” del siglo XIX en Colombia, ya fuesen las doctrinas escocesas o balmesianas sobre el sentido común, las tesis tradicionalistas sobre la revelación primitiva del lenguaje, las tesis positivistas comtianas sobre la relación observación/imaginación,

estática/dinámica y orden/progreso; o las filosofías espiritualistas de la conciencia en la versión racionalista de Cousin o en la evolucionista de H. Spencer.²⁰ Fue esa bisagra la que usó el neotomismo para hacer su ensamble de realismo, subjetivismo y relativismo.²¹ Lo notable es que el saber que proveyó el cemento para ligarlo fue justamente la psicología experimental, esa disciplina de matriz biológica que el cardenal Mercier y otros neotomistas cultivaron al servicio de la pastoral católica.²² Los numerosos manuales neotomistas colombianos y europeos fueron el producto de esa kafkiana negociación entre los “avances de la ciencia” y los “principios inmutables de la *philosophia perennis*”. Así, la intelectualidad católica pudo insertarse en el régimen de veracidad científica, manteniendo el control de los datos empíricos producidos por métodos experimentales a través de un conjunto de principios filosóficos legitimados por los métodos racionales. Era exactamente la misma operación que el positivismo le ofrecía a los intelectuales laicos.

Asimismo, podemos demostrar cómo la organización que se dio al currículo de la enseñanza secundaria –el bachillerato- escalonando las humanidades, las ciencias positivas y la filosofía, y las funciones pedagógico-políticas que se asignaron a esta pirámide ascendente entre *sentido común*, *conocimiento científico* y *conocimiento filosófico*, tanto en la educación pública laica como en la confesional privada, fueron a la vez efecto directo y objeto estratégico de la estructuración del campo de saber alrededor de esta bisagra racional/experimental, de esa *alianza non-sancta* entre ciencia biológica, moral racional y pedagogía del sentido común letrado que esa bisagra hizo posible.

4. Una nueva matriz de gobierno de los sujetos

Lo que la presencia de la bisagra bernardiana ha sacado a luz es que través de estas *querellas de Antiguos y Modernos* que protagonizaron el sensualismo, el eclecticismo, el balmesiano, el criticismo, el positivismo, el evolucionismo y el neotomismo entre 1870

y 1930, se fueron introduciendo las nuevas ciencias positivas sobre el hombre en nuestro país –en especial la biología y la filología-, constituyendo un dominio de nuevos objetos de conocimiento y nuevas formas de estudiarlos, registrarlos y enunciarlos, haciendo emerger nuevos sujetos portadores de este saber –médicos y pedagogos-, así como nuevas éticas y políticas de tratamiento tanto de la población en conjunto como de los individuos por separado.

Concretamente, fue a partir de las ciencias positivas de la vida como empezó a ganar espacio un saber de origen *bio-médico* sobre los sujetos, en un proceso cuya amplitud y profundidad apenas comenzamos a entrever. Este nuevo saber acarreaba una metafísica de la *vida humana* que dio lugar tanto a un discurso político-escatológico sobre la sociedad como a unas técnicas de tratamiento de las subjetividades. En virtud de tal mecanismo, podemos afirmar que la modernización educativa y ética en Colombia se dio en condiciones tales que, si la Iglesia católica mantuvo la hegemonía ético-política sobre el sistema de enseñanza secundaria oficial y privada, su legitimidad y credibilidad estuvieron determinadas por el régimen de veracidad propio de las ciencias positivas y humanas.

A modo de estímulo para la investigación, propongo la siguiente tabla para caracterizar los tres tipos de matrices que podemos hallar funcionando no sólo en Colombia, sino con bastante probabilidad aunque en distinta combinatoria, en otros países latinoamericanos a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX:

**MATRICES DE “GOBIERNO MORAL DE LOS SUJETOS”
EN COLOMBIA – SIGLOS XVIII- XX**

MATRICES CATEGORÍAS	Moral-JURÍDICO- POLÍTICA	Moral PASTORAL/RELIGIOSA	Moral BIO- MÉDICA
SUJETO	Los ciudadanos	Los pobres	La población
ÁMBITOS	Lo civil	Lo moral	Lo biológico
SUBSTANCIA	Ley	Alma	Especie
LENGUAJE POLÍTICO	Constitucionalismo	Corporativismo	Higienismo
SABERES	Derecho	Teología	Medicina
TÉCNICAS	Representación	Caridad	Examen
DISFUNCIÓN/RESISTENCIA	Ilegalismos	Decristianización	Degeneración
CUERPO REFERENCIAL	Estado-Nación/Individuo	Cuerpo Moral/Gremios	Especie/Razas
VALORACIÓN CULTURAL	Legitimidad ⁺ /Formalidad ⁻	Dignidad ⁺ /Culpabilidad ⁻	Vitalidad ⁺ /Herencia ⁻

Importa reiterar que este esquema sirve para aislar analíticamente lo que en la práctica social se dio como un denso proceso de tensiones y de complementariedades, mezclas y oposiciones. La *matriz biomédica* se fue colando por entre los intersticios de los saberes y las instituciones heredadas de la colonia contrarreformada y de la república liberal, ofreciéndosele a los poderes tradicionales –juristas y clérigos, Estado e Iglesia- como una discreta mejora técnica en apoyo de su “poder espiritual”: ¿qué mejor alianza que la de la moral católica antiliberal y la ciencia de lo normal y lo patológico, o también entre ésta y la matriz jurídico-política liberal, máxime cuando esta alianza proporcionaba el control del saber pedagógico para la formación de las futuras élites letradas constituidas por sujetos dotados de *sentido común*, *disciplina de científico* y moralidad de *principios inmutables*?

¹ Historiador, profesor y director del Departamento de Historia, Universidad Javeriana, Bogotá. Coordinador del grupo *Saberes, poderes y Culturas en Colombia*. E-mail: saldarri@javeriana.edu.co. Este texto es resultado tanto de la tesis doctoral para la Universidad católica de Lovaina (Bélgica): *‘Nova et Vetera’: o de cómo fue apropiada la filosofía neotomista en Colombia, 1879-1930. Catolicismo, Educación y Modernidad desde un país poscolonial latinoamericano*; como del proyecto desarrollado con el grupo de investigación *Saberes, poderes y culturas en Colombia* (U. Javeriana-Bogotá), sobre “Los métodos positivistas en Colombia, siglo XIX”.

² “Si se observa la desgracia de los tiempos en que vivimos, si se abarca con el pensamiento el estado de las cosas tanto públicas como privadas, se descubrirá sin dificultad que la causa de los males que nos inquietan, como de los que nos amenazan, consiste en que las opiniones erróneas sobre las cosas divinas y humanas han pasado poco a poco de las escuelas de filosofía a todos los niveles de la sociedad y han llegado a hacerse aceptar por un número muy grande de espíritus”. LEONIS XIII PONTIFICIS MAXIMI. “Epistola Encyclica de Philosophia Christiana ad mentem Sancti Thomae Aquinatis doctoris angelici in scholis catholicis instauranda”. En: *Acta*. Romae, Ex Typographia Vaticana, 1881, p. 255-284. Edición oficial en: *Acta Sanctae Sedis* (A.S.S.), T. XIII, fasc. CXXXV, p. 97-115. [A.S.S. XIII, fasc. CXXXV, (1879), p. 97-115, D.S. 3135-3140]. Cito acá la edición de A.S.S, Vol. XII, p. 98.

³ Cfr. JARAMILLO URIBE, Jaime. *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Bogotá, Temis, 1964 [CESO/Banco de la República/AlfaOmega, 2001, p. 347 ss.]

⁴ Un ejemplo prestigioso, entre muchos otros: “La influencia de la Iglesia [...] que triunfa con la ‘Regeneración’ [...] es un doble rechazo de la modernidad: en nombre del tomismo, se rechaza el avance científico moderno; en nombre del odio al liberalismo, se rechazan las premisas de la política moderna” PÉCAUT, Daniel. “Modernidad, modernización y cultura”. *Gaceta Colcultura*, n° 8 (ago-sep. 1990) p. 16. Otro título típico de esta tesis: JARAMILLO, Rubén. “Introducción de la filosofía moderna en Colombia”. En: *Colombia: La modernidad postergada*. Bogotá, Argumentos, 1999. Una excepción, también prestigiosa: “¿Por qué el sectarismo de los últimos cuatro decenios del siglo XIX resultó tan decisivo para fijar el cuadro de lealtades políticas por lo menos hasta 1960? ¿Porqué la *Regeneración*, dirigida por hombres radicalmente católico-conservadores como Miguel Antonio Caro, fue considerada en el siglo XX como un potente modelo de modernización?”. PALACIOS, Marco. “La *Regeneración* ante el espejo liberal y su importancia en el siglo XX”. En: *La clase más ruidosa y otros ensayos sobre historia política*. Bogotá, Norma, 2002, p. 135.

⁵ LONDOÑO R., Carlos Arturo. “El discurso reactivo de la enseñanza escolar de la filosofía. Colombia, 1945-1970”. *Educación y Ciencia*. Universidad Pedagógica y Tecnológica de Tunja. Quinta época. Año I, n° 1, (feb. 1985), p. 50-114.

⁶ La educación secundaria a lo largo del siglo XX se ha mantenido en un promedio histórico de 60 o más por ciento, en manos de los educadores católicos y de sus organizaciones filiales HELG, Aline. *La educación en Colombia, 1918-1957. Una historia social, económica y política*. Bogotá: Cerec, 1987, p. 306. Sobre los manuales en cuestión, ver la bibliografía.

⁷ AUBERT, Roger. *Le cardinal Mercier (1851-1926). Un prélat d’avant-garde*. Publications du Professeur Aubert rassemblées à l’occasion de ses 80 ans. Hommage édité par J-P. HENDRICKX; Jean PIROTTE et Luc COURTOIS. Louvain, Academia-Presses Universitaires de Louvain, 1994.

⁸ SÁENZ, Javier; SALDARRIAGA, Óscar; OSPINA, Armando. *Mirar la Infancia: pedagogía, moral y modernidad en Colombia, 1903-1946*. Medellín, Colciencias/Foro Nacional por Colombia/ Uniandes/U. De Antioquia, 2 Vol., 1997; esp. vol. I, p. 79-108.

⁹ “Por ‘autoridad’ -dice M. de Certeau, entiendo todo aquello que hace (o pretende hacer) autoridad - representaciones o personas- y se refiere por tanto, de una manera o de otra, a lo que es ‘recibido’ como ‘creíble’. [...] Una sociedad, resulta finalmente de la respuesta que cada uno dé a la cuestión de su relación con una verdad y de su relación con los otros. Una verdad sin sociedad no es sino un engaño. Una sociedad sin verdad no es sino una tiranía”. DE CERTEAU, Michel. “Les révolutions du croyable” [1974¹] En: ID, *La culture au pluriel*. París, Éditions du Seuil, 1993, p. 30.

¹⁰ “¿El problema político más general no es el de la verdad? ¿Cómo unir entre sí, la manera de separar lo verdadero de lo falso, y la manera de gobernarse a sí mismo y a los demás?”. Foucault, Michel. “Table ronde du 20 mai 1978”. En Perrot, M (éd). *L’Impossible Prison. Recherches sur le système pénitentiaire au XIXe siècle*. Paris, Seuil, 1980, p. 40-56. Foucault, M. *Dits et Écrits...*, t. IV, p. 30. Ver también: FOUCAULT, Michel. *L’ordre du discours*. Paris, Gallimard, 1971 ; ID. *L’archéologie du savoir*. Paris, Gallimard, 1970.

¹¹ Lo *epistémico* se refiere a la estructura, a las reglas de funcionamiento de un campo de saber determinado

en el tiempo y el espacio; y lo *epistemológico* designa estrictamente las teorías del conocimiento que se hallan en dicho campo.

¹² CHATELET, François. *La philosophie des professeurs*. Paris, Éds. Bernard Grasset, col. 10/18, 1970; es el resultado de un análisis de los planes de estudio y los manuales de filosofía utilizados en Francia entre 1903 y 1968, realizado con estudiantes de filosofía del Centro Universitario Experimental de Vincennes en el año 1968-1969.

¹³ “Estos aspectos: a) un origen del conocimiento filosófico en principios en vez de en las cosas; b) la presencia en la mente de un objeto que no procede del conocimiento sensible; c) el requisito de la veracidad en las facultades humanas para demostrar la verdad en nuestro conocimiento de las cosas; d) la reticencia para basar las demostraciones de la existencia de Dios en la actualidad existencial de las cosas sensibles y para explorar la forma en la que la causalidad divina de la libertad humana está por encima de los órdenes de la necesidad y de la contingencia. Todos estos puntos ilustran y refuerzan la conclusión de que la filosofía [neo]tomista estaba influenciada por concepciones definitivamente cartesianas”. OWENS, Joseph (Pontifical Institute of Medieval Studies-Toronto). “El predominio cartesiano en el pensamiento neotomista”. *Revista de Filosofía*. México, Universidad Iberoamericana, V. XXX, No. 88, (ene-abr., 1997), p. 75-76.

¹⁴ JACQUES, Amedée, SIMON, Jules; SAISSET, Émile. *Manual de filosofía. Obra autorizada por el consejo de Instrucción pública*. [Trad. de Martínez del Romero]. Paris; Hachette, 1886, p. 108. Es una versión castellana del *Manuel de Philosophie à l'usage des collèges*. Paris: Hachette, [1846¹, 1863⁴; reeds:1868, 1872, 1877, 1886, 1892]. La traducción castellana fue editada por primera vez en París y Lima, en 1848. Este manual fue “suscitado y supervisado por Cousin, con el fin de exponer a los estudiantes el nuevo espiritualismo”, una especie de neo-cartesianismo que, buscando acercar la filosofía oficial a la filosofía cristiana, oponía al tradicionalismo teológico un racionalismo cristiano”. Lo sorprendente es que este manual fue el usado en 1868 y 1869 por Miguel A. Caro cuando fue profesor de filosofía en el Colegio del Rosario, ¡bajo el rectorado del sensualista F. Eustaquio Álvarez. Cfr., CARO, M. A. [Programa de Psicología para 1868] *Certámenes Públicos que presenta el Colegio de Nuestra Señora del Rosario, bajo la dirección de su rector doctor Francisco Eustaquio Álvarez, año de 1868*, Bogotá: Imp. de Echeverría Hermanos, 1868, en: CARO, M. A. *Obras*. Bogotá, Caro y Cuervo, 1962, tomo I, p. 285 ss.

¹⁵ BALMES, Jaime. *El Criterio*. [1843] En: *Obras Completas*. Madrid, Biblioteca de Autores Católicos, T. III, 1948.

¹⁶ “Sin ilustrar nuestro entendimiento, sin adquirir por lo menos aquellas nociones generales que son la base de todos los conocimientos, y la antorcha que nos ilumina en el sendero de la perfección moral ¿cuán confusas y oscuras no serían nuestras ideas acerca de nuestras relaciones con la Divinidad, de los verdaderos caracteres de la virtud y del vicio, de la estructura y fundamento de las sociedades humanas, y de los medios de felicidad con que la providencia ha favorecido en este mundo a sus criaturas? El hombre ignorante es un ser esencialmente limitado en todo lo que mira a las funciones de la vida exterior, y completamente nulo para los goces del alma, cuando replegada esta sobre sí misma y a solas con las inspiraciones de la ciencia, medita, reflexiona, rectifica sus ideas, y abandonando el error, causa eficiente de todo mal, entra en posesión de la verdad, que es el principio de todo bien. La mayor parte de las desgracias que afligen a la humanidad, tienen su origen en la ignorancia; y pocas veces llega un hombre al extremo de la perversidad, sin que en sus primeros pasos, o en el progreso del vicio, haya sido guiado por ideas erróneas, por principios falsos, o por el desconocimiento absoluto de sus deberes religiosos y sociales. [...] La ignorancia, apartándonos del conocimiento de lo verdadero y de lo bueno, y gastando en nosotros todos los resortes del sistema sensible, nos entrega a los torpes impulsos de la vida material, que es la vida de los errores, de la degradación y de los crímenes...”. CARREÑO, Manuel Antonio. *Manual de Urbanidad y Buenas Maneras, para uso de la juventud de ambos sexos; en el cual se encuentran las principales reglas de civilidad y etiqueta que deben observarse en las diversas situaciones sociales; precedido de un breve tratado sobre los deberes morales del Hombre*. Nueva York, Appleton, 1868, [1854¹], p. 26-27.

¹⁷ Para este marco de análisis, cfr., FOUCAULT, Michel. *Les mots et les choses*. Paris, Gallimard, 1966¹.

¹⁸ Ver: SALDARRIAGA, Oscar. “Gramática, epistemología y pedagogía. La polémica colombiana sobre los *Elementos de Ideología* de Destutt de Tracy (1870)”. *Revista Memoria y Sociedad*. Departamento de Historia, Pontificia Universidad Javeriana; Vol 8, N° 17, Junio-diciembre 2004, p. 41-60.

¹⁹ “Conviene distinguir entre las ciencias matemáticas y las ciencias experimentales. Siendo inmutables y absolutas las verdades matemáticas, la ciencia que las encierra crece por yuxtaposición simple y sucesiva de todas las verdades adquiridas. En las ciencias experimentales, al contrario, siendo las verdades relativas, la

ciencia sólo puede adelantar por revolución, y por absorción de las verdades antiguas en una forma científica nueva”. BERNARD, Claude. *Introduction à l'étude de la médecine expérimentale*. Paris, Belfond, 1966, [1865¹].

²⁰ Creo que basta citar un texto de Miguel Antonio Caro, escrito por la época de su Informe sobre los *Elementos de Ideología* para mostrar analogías comtianas. Según Caro: “Así se confunden hermanalmente el orden y la libertad, el derecho y la obligación, la inmutable severidad del deber y expansión infinitamente varia del progreso. Parece, pues, que el mundo moral se rige por una ley semejante a la que nos presenta el físico en la combinación de los dos movimientos planetarios de rotación y traslación, aquel representa el orden, éste el progreso. Se sostienen recíprocamente, y son ambos en último análisis, cosa admirable, un mismo movimiento [...] Estas consideraciones complementan la idea de bien con la de perfección y la de orden con la de progreso. Las complementan, decimos, porque si hay distinción entre bien y perfección, no es una diferencia esencial, no lo es tampoco, consiguientemente, la que media entre las ideas de orden y progreso; ellas se adicionan, se penetran, se confunden en una sola. *El progreso es el orden en el tiempo, porque ¿qué otra cosa es progresar, sino concurrir, por evoluciones armónicas, a la realización de lo que la razón concibe como perfecto?* El orden es una escala tendida; levantándose hacia el cielo, la denominamos progreso. Ni es esto ficción de una imaginación soñadora: los más célebres representantes de la ciencia lo confirman. Stuart Mill, hombre de ideas liberales, expone con lucidez en su aplicación a la política, esta bella armonía, mejor dicho identidad entre orden y progreso. CARO, Miguel Antonio. “Estudio sobre el Utilitarismo” (Bogotá, Imp. de Foción Mantilla, 1869, 316 p.) En: *Obras*. T. I: *Filosofía, Religión, Pedagogía*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1962, p. 103-104.

²¹ Comparar con la tesis de Bernard los siguientes enunciados. El primero fue usado en la “Cuestión Textos”: “Por lo que a mí toca, he buscado [esas nuevas verdades] en los libros que he podido haber, y que se presentan como la última expresión de los adelantos del presente siglo. Debo decir, que en general lo que he hallado son viejos errores, que en la época presente ha vuelto a poner de moda la reacción de esa filosofía oficial que se propone acogotar las ciencias para que sirvan a los intereses dominantes...” ÁLVAREZ, Francisco Eustaquio. “Informe del Sr. Álvarez”. *AUNEUC*, Bogotá, T. IV, No. 22, (octubre, 1870), p. 402. Y el segundo: “Ninguna verdad es mudable ni relativa, pero hay algunas que son capaces de crecer en número en el entendimiento humano. Esas han sido dejadas por Dios al cuidado de los hombres, ...son los descubrimientos científicos...”. Esto es: CARRASQUILLA, R. M. “Sobre el modernismo” [1914]. En: *Obras Completas*. Bogotá, Imp. Nacional, 1961, T. I, p. 496.

²² Me apoyo acá en la tesis foucaultiana sobre la mutación histórica de las “tecnologías de poder pastoral” en las sociedades occidentales: “De una manera paradójica e inesperada, a partir del siglo XVIII, tanto las sociedades capitalistas e industriales, como las formas modernas de estado que las han acompañado y sostenido, han tenido necesidad de los procedimientos [...] de individualización que el pastorado religioso había puesto por obra. *A pesar del rechazo de instituciones [...] y creencias religiosas, ha habido una implantación, incluso una multiplicación y difusión de las técnicas pastorales en el marco laico del aparato de Estado*”. FOUCAULT, M. “La philosophie analytique de la politique”. *Conférence à Tokio*, (avril, 1978). En: *Dits et écrits*. T. III, p. 550.